

donde el poeta alcanza una mayor unidad en torno a la idea poética. Es muy hermosa la Primera Elegía, más decantada, menos barroca, de menor preciosismo, de ejecución más arquitecturada. Y viene al justo el recuerdo de la posición ante la obra de Rubén Darío del juicio exigente de Juan Valera. A propósito de *Azul*, el escritor español, con toda la admiración despertada por el libro del joven poeta, se permite hacer reparos considerables en el aspecto técnico de la elaboración literaria: "Por esto afirmo que sería admirable *la canción del oro*, si se viese menos la *ficelle*: el método o traza de la composición, que tanto siguen ahora los prosistas, los poetas y los oradores.

"El método es crear algo por superposición o aglutinamiento, y no por organismo.

"El símil es la base de este método..."

Valga la cita con motivo del libro del Fernando González Urizar, pues tiene el talento suficiente para no dejarse seducir por la *palabra-objeto*, por la superposición literaria. Su arte tiene todos los atributos de valía para crear aún una obra por donde la idea poética no se vea deslucida por el brillo de un lenguaje trabajado con virtuosismo. Nuestro tiempo reclama por una poética de menos esplendideces en aras de una Poesía-Testimonio de los problemas de *nuestro hombre contemporáneo*. Sin embargo, quedan en pie, por su belleza pura, la tendencia eglógica de su poesía, el tono bíblico, el regusto de los clásicos castellanos y, sobre todo, la modernidad de su oficio, la imagen audaz, la voz culta y la autenticidad de su estro, sincero en hilar ese universo deslumbrante, *en llamarada*, de su poesía.—Luis Droguett Alfaro.



"JRISTOS", por *Ernesto Silva Román*. Editorial Cultura, 1957

La vida de Jesús, hasta el instante mismo de su muerte, constituye un hecho humano simple y oscuro, mirado desde el ángulo his-

tórico. Fue apenas recordado por los cronistas y anotado por los funcionarios romanos de Judea. Salomón Reinach (1) subraya algunas líneas del historiador Suetonio y de "Los Anales" de Tácito, para demostrar que los grupos judíos alteraban el orden romano tanto en las provincias como en la capital del Imperio y se hacían llamar cristianos. "Cristo, que les dio su nombre, había sido condenado a muerte en tiempo de Tiberio, por el Procurador Poncio Pilatos".

Se necesitó, como lo afirma Renan (2), el temperamento soñador y austero de la raza semítica para que la vida de Jesús pudiera ser exaltada hasta generar el cristianismo. "La gloria de haber formado la religión de la humanidad pertenece toda entera a la raza semítica. Bajo su tienda, no contagiada por los desórdenes del mundo, ya corrompido, y mucho más allá de los confines de la historia, el patriarca beduino preparaba la fe del género humano".

Los cuatro Evangelios, escogidos entre otros, nos ofrecen diferentes versiones, aproximadas en ciertos aspectos, de la vida y la doctrina de Cristo. El estudio desapasionado y riguroso de su texto revela imprecisión y vaguedad en los hechos fundamentales: nacimiento de Jesús, origen racial, muerte, etc. Expresa Salomón Reinach (3): "¿Sabemos algo positivo acerca de la fecha de nacimiento y de los hechos de la vida de Jesús? Mateo le hace nacer en tiempo de Herodes, es decir, lo más tarde, el año 4 antes de Jesucristo. Lucas, coloca su nacimiento en el momento de un censo que se hizo diez años más tarde, el año 6". Los Evangelios según San Mateo, San Lucas, San Marcos y San Juan, son simplemente cuerpos más o menos hilvanados, de noticias y suposiciones urdidas en el seno de las comunidades cristianas. Con estas noticias y creencias no sólo se cubrió el vacío histórico, sino que se forjó y exornó la maravillosa leyenda, con milagros y todo. Renan califica los Evangelios, de "biografías legendarias".

---

(1) Reinach: *Historia General de las Religiones*.

(2) Renan: *Vida de Jesús*.

(3) Reinach: *Ibidem*.

Sentado tal hecho, cabe señalar la abundancia de literatura alusiva a Jesús, orientada a satisfacer al mundo creyente o escéptico. Nadie podría discutir la fuerza de sugestión que para la literatura sigue teniendo la figura de Jesús. Naturalmente, en el horizonte de nuestro tiempo tal imagen, a la vez que gana nueva plenitud —plenitud de contraste ante un mundo que olvidó la pureza y dignidad del ejemplo— se ofrece al escritor y al artista con perfiles y claroscuros muy complejos, en medio de una atmósfera caliginosa e irrespirable.

La mayoría de los escritores —biógrafos o novelistas— que han sido seducidos por la personalidad de Jesús, se dejaron llevar por el vórtice de la leyenda: Giovanni Papini, en su *Historia de Cristo*; Emil Ludwig, en *El Hijo del Hombre*; Eça de Queiroz, en *La muerte de Jesús*; Julio Zeyer en *Tres leyendas del Crucifijo*, etc. Los otros han penetrado serenamente en la tradición escrita, para extraer y comparar, con el sano propósito de dar al hombre de nuestro tiempo una fuente limpia de excesos. Entre ellos están: Ernesto Renan, quien con su *Vida de Jesús* entrega al mundo una dimensión humana del elegido tan subyugadora como la mejor urdida leyenda; David Strauss, teólogo, autor de una *Vida de Jesús* en la que define los Evangelios como una profusa leyenda, y Salomón Reinach, con su *Historia General de las Religiones*.

Muchas lecturas ha refrescado y no pocas observaciones y reflexiones ha movido en nosotros el encuentro con *Jristos*, libro inspirado, como tantos otros, en la personalidad de Jesús. Ernesto Silva Román, fogueado periodista, escritor de ficciones extraterrenas, tiene a su haber, con la obra del epígrafe, tres libros de diversa densidad literaria, aunque unidos por un hilo extraño en la conciencia del autor.

El relato de imaginación pura ha tenido en Chile buen número de cultores. Silva Román ofrece un acento y un clima que lo individualizan. A diferencia del imaginismo intrascendente, en que la narración flota sobre una geografía indeterminada, el autor de *El dueño de los astros* y *El holandés volador*, se dispara hacia el espacio sideral con la decisión y la agilidad de un avezado buceador de misterios.

Acaso la aventura sobre la tierra no lo satisfizo desde su primer intento novelesco, pues allí el juego del relato se mantiene dentro de los contactos humanos indispensables, para acelerar la inmersión en lo infinito del cosmos. Dio así una inédita posibilidad a la fantasía, sin olvidar por ello los signos moderadores emanados de la conciencia. En la obra de Silva Román aparece sin embozo, en medio de la vorágine deslumbrante o tenebrosa, una voluntad, una decisión contra el mal.

La voluntad extraterrena y la imaginación espoleada por algunos hallazgos científicos, generan y nutren la atmósfera del libro primogénito, mientras el segundo reúne algunas leyendas del sur chileno, junto a episodios de la errancia del autor, alternados con relatos de fantasía científica. Apasionantes, como las mejores historias de suspense, son los cuentos "El genio maléfico del año 3,000" y "El monstruo científico", contenidos en el primero; "El Caleuche", "Larama Cota" y "El robo de la célula psíquica", tonalizan la tendencia y el hechizo del segundo libro. En uno y otro, los temas convergen a menudo en la eterna escaramuza de la nobleza y la infamia, de la ambición delirante contra el destino. Del adverso contacto fluye un anhelo de nueva luz humana, de voluntad redentora.

Y de súbito, este escritor que hasta ayer animó sus tipos sobre un plano huidizo y escalofriante, manteniendo sus contactos esenciales con la realidad, nos sorprende con este subjetivo peregrinaje, pues no otra cosa parece ser su reciente libro, *Jristos*. Ensoñada excursión hacia el misterio de la infancia y la juventud de Jesús hasta el momento en que decide difundir sus doctrinas. No cabe duda de que los libros precedentes dieron al espíritu del autor los elementos necesarios para la nueva empresa. La lectura de *Jristos* afirma en la idea de un propósito ascensional en el ejercicio de una conciencia que continúa mirando a través del hombre y por encima de sus miserias. Ambiente y asunto obedecen a una técnica más expositiva que narrativa y en cada página la imaginación, apoyada o no en la leyenda escrita, teje las escenas y mueve las figuras bañándolas en cierta luz remota y viviente, en la cual se desvanece lo grosero y ríscoso. El diálogo

responde a la eufonía de los viejos textos y el espíritu del cosmos todo lo penetra y determina.

El itinerario de aquella vida excepcional permite al autor examinar los grandes movimientos del espíritu creyente en aquellos tiempos. A través de la figura de Simón el Mago, el libro nos sumerge en las verdades de la religión hindú, coincidentes con la nueva fe. Simón habría llevado a Jristos hasta la India para alcanzar el origen y expresión de la divinidad una y trina, a través del conocimiento de Krishna, el elegido: “Debo confesar —advirtió Simón el Mago en cierta ocasión— que Krishna fue el verdadero creador de las doctrinas religiosas, porque fue el primero que concibió al Padre Unico, a la Madre Naturaleza y al Hijo Regenerador como integrante de una misma causa y nacido de una misma esencia. Porque además proclamó la inmortalidad del alma, obligando a los hombres a ser buenos por el temor del castigo posterior”.

Al comenzar el libro nos deleitamos con la visión del Valle de la Luna, sitio ideal que servía de residencia y refugio a la comunidad de los Esenios, ante la cual se presenta Ezeb, procedente de Egipto, para confesar su pecado de haber seducido a la joven Vinah, de quien pronto tendría un hijo. Este hijo habría de ser Jesús. José, miembro de la comunidad, recibe la misión de viajar hasta la residencia de la futura madre, y desposarla. La ausencia de contacto entre la ficción novelesca de *Jristos* y la posible verdad histórica sujeta a la geografía, la estructura social y la religión, queda revelada en estas líneas de Ernesto Renan: “Jesús nada conoció fuera del judaísmo. Aun en el seno del judaísmo permaneció extraño a muchos esfuerzos frecuentemente paralelos a los suyos. Fuéronles desconocidos el ascetismo de los esenios o terapeutas y los hermosos ensayos de filosofía religiosa intentados por la escuela judaica de Alejandría, de los cuales era ingenioso intérprete su contemporáneo Filón”.

Sin embargo, como dice el mismo Renan en el libro enunciado: “Al hacer semejante esfuerzo (el suyo) para reanimar las grandes almas del pasado, debe permitirse una parte de adivinación y de conjetura”. Ernesto Silva Román prescinde por lo general de cuanto

pueda entrabar la textura del relato y sus elementos accesorios. Allí donde la investigación se detiene y la duda se extiende, él teje su recamada tela y bebiendo a ratos en la leyenda universalmente difundida, traza e ilumina la acendrada, purificadora perspectiva de aquel niño que crece y se hace hombre, inspirado en las verdades esenciales que la humanidad acepta como los únicos y posibles incentivos de dignificación. Se suceden en la hondura del tiempo las doctrinas de Oriente y Occidente y ambas se traducen en la Doctrina Una, en la cual confluyen hoy las disciplinas de todo credo ostensible o esotérico. El concepto de misterio no es exclusivo, pues se alza como un planteamiento a la humanidad toda en cada uno de los tópicos que científica o filosóficamente incitan al hombre.

Se epiloga el libro con la celebración de los últimos ritos que la comunidad impone a Jesús antes de lanzarlo a su destino de pasión y gloria final. El lector, por instantes, debe apartar el velo urdido por siglos de combustión sentimental. Advertimos la claridad del lenguaje, la transparencia de las imágenes y el pulso comedido del relato. El diálogo gana aquel acento premonitorio y espacial que distingue a los textos canónicos.

Conquista muy loable la alcanzada por Silva Román en esta ensoñada visión del Hombre que creció y sufrió para ser la única voz. Marca la decisión de una conciencia segura de su integridad, pues, al evocar a Jesús, el escritor intenta traducir su propio sueño, su yo incorrupto, aunque inmerso en el mundo presente que cada día celebra "el triunfo del monstruo", con su cortejo de vulgaridad y de codicia; con su "célula psíquica" preparada para la cotidiana traición y el escarnio de la dignidad y la justicia. El autor, testigo sin asombro de este medio siglo nuestro, civilizado y voraz, antes de menospreciar al hombre que prometió y soñó junto a él para traicionarlo después, ha preferido olvidarlo por un mundo donde el espíritu puede holgar y alzar un fervor que acá, en esta tierra oscura, sabe a ingenuidad hilarante.

*Jristos*, con su límpida atmósfera, su inspiración saludable y la etérea proyección de sus figuras en aquel escenario inefable, insinúa

cierta esperanza de armonía sobre la tierra. Anheló que pudiera transformar la "ecuación metafísica de la civilización contemporánea" (suma ciencia + suma potencia = suma felicidad), sostenida por el célebre personaje de Eça de Queiroz (1), en la fórmula empírea de ciencia y conciencia, disparada sobre la turbiedad del hombre.—L. Y.

■

"EL MAR TRAJÓ MI SANGRE", de *Alberto Ried*. Ed. del Pacífico S. A. Santiago de Chile, 1956 (377 páginas)

Alberto Ried (1886) es otro septuagenario que, cumplida la vigencia de su generación, vuelve los ojos sobre el camino recorrido y escribe sus "memorias". Poeta, citado como un caso interesante por Rodolfo Lenz en su especializadísima obra gramatical "La oración y sus partes", en *El hombre que anda* (1915) y en *21 Meditaciones*, seleccionadas (1925) por Unamuno y prologadas por Eduardo Ortega y Gasset; cuentista en *Hirundo*, ha sido además, pintor, escultor, bombero, agente de seguros, diplomático, viajero impenitente, y "hermano escultor" en el grupo de Los Diez.

*El mar trajo mi sangre* trae un sinnúmero de importantes experiencias de su generación. Experiencias que podemos confirmar en las páginas de igual índole de Fernando Santiván o de Mariano Latorre (1886-1955) donde iguales circunstancias traen a colación iguales nombres y acciones semejantes. Cada cual muestra su condición y su arte de modo diferente. Nada tan feliz como el arte de la "memoria" en Santiván, nada tan substancial o sabroso como las páginas conocidas de Latorre en el mismo arte.

Ried excede el campo de la experiencia individual de los anteriores, extendiéndolo a los Estados Unidos de Norteamérica y a Europa. El margen de los episodios variados, de la diversidad de circuns-

---

(1) Jacinto, figura central de la novela *La ciudad y la sierra*.